

VILLA DE LEIVA

Una catástrofe ecológica

JOAQUÍN MOLANO BARRERO

Por José Agustín Blanco

Señores:

Hay que recibir con beneplácito y satisfacción la aparición en público de la obra *Villa de Leiva: ensayo de interpretación social de una catástrofe ecológica*, que ha escrito el profesor Joaquín Molano Barrero y que en buena hora la Financiera Energética Nacional, según una decisión digna de todo el agradecimiento y el aplauso nuestro determinó hacer editar y publicar.

Aparece este valioso trabajo en un momento crucial de la vida colombiana; cuando el país, desde su más profunda entraña saca energía para superar sus graves quebrantos, cuando estudiosos e investigadores de los varios campos de la ciencia se esfuerzan por penetrar cada vez más profundamente en el conocimiento de la realidad nuestra, enderezado su empeño en hallar soluciones factibles y eficaces para los problemas que esa misma realidad plantea.

Es el caso del libro del profesor Molano, importante por su forma, su contenido y —lo repetimos— por la oportunidad con que aparece. Con sobria presentación, equilibradamente diagramado, se distingue por el rigor metodológico usado por el autor para conseguir el objetivo de describir, analizar y explicar suficientemente el paisaje físico del valle boyacense en que la ilustre Villa se levanta. Va desde la estructura geológica hasta los efectos de los factores exógenos sobre la morfología del terrano, desde la formación de los suelos hasta la aparición, evolución y destrucción de diversos aspectos de la vegetación natural. Desbordando ampliamente el campo de la ecología pura, el autor expone de manera magnífica la inserción histórica de la

sociedad indígena en ese rincón preciado de Colombia, cómo ese poblante americano antiguo vivió en ese paisaje y vivió de él sin lesionarlo o alternándolo en mínimo grado. Prosigue su explicación poderosamente documentada, diciéndonos lo que sucedió al irrumpir allí la humanidad hispánica con sus propias instituciones políticas, económicas y sociales. De modo descarnado y hasta con cierto apasionamiento reseña este tramo del acontecer geográfico durante los tiempos coloniales. Y termina señalándonos cuál es la realidad villaleivana de los siglos XIX y XX.

Valdría la pena aplicar los métodos y procedimientos usados por el autor, en el caso de la Sabana de Bogotá, en el cual en vez de un paisaje geológico del cretáceo inferior predominantemente, lo que la sociedad india y la hispánica y la republicana ocuparon fue un amplio horizonte cuaternario bordeada por el cretáceo superior. Y conste que yo no soy determinista. La comparación podría extenderse a los paisajes volcánicos de Nariño o a la denominada «montaña antioqueña» disectada a partir de ígneas y metamórfica, pero habitada y explotada por una sociedad totalmente diferente de la chibcha o de la quillacinga.

Al pasar revista a lo publicado sobre distintos sectores de Colombia por parte de geógrafos profesionales, en seguida se echa de ver el que tenemos ahora a mano es el de mayor densidad sobre un área relativamente reducida. Nos referimos naturalmente a investigaciones geográfico-ecológicas o geográfico-culturales como las de Tames J. Jansons (El poblamiento del valle del Sinú); Bruce Le Roy Gordon (Ecología y geografía humana de la región del Sinú);



John Cornish (Geografía física y humana del delta del San Juan); Homer Ashman (Los indios pastores de la Península de la Guajira); Héctor Rusinque (Tesis sobre la geografía cultural de Arauca); Dieter Brunschweiler (Los Llanos: frontera de Colombia).

El trabajo del profesor Molano centrado en una extensión de relativo escaso radio permite percibir los detalles del entretejido geográfico-histórico-ecológico, hasta lo más minucioso.

Así, pues, es de esperar que la juventud colombiana estudiosa, cultivadora de la ciencia, amante del país y de su suerte, contando con apoyo institucional como el que la FEN ha dado a Joaquín Molano Barrero, aplique metodologías tan eficaces como la usada en este libro. Aquí tengo que señalar que mucho serviría en esta empresa colombianista, que la Universidad Nacional de Colombia se decidiera a iniciar en el país la Carrera de Geografía. Para lograr una obra como la que ahora corona sus esfuerzos de años, el profesor Molano tuvo que acudir a las aulas de una universidad venezolana.